



ción; pero los sufragios se vendían. De hecho, la corrupción era la base necesaria del sistema, y desde que cada hombre en la ciudad era apreciado en razón de sus riquezas, el mejor senador era el que podía comprar más cara su plaza.

Este senado, *Syncretos* ó *Sanedrin*, dividido en muchas secciones, una de las cuales, comisión de estado, ó gran consejo, conocida con el nombre de *Serúsia*, «calculaba, como dice Polibio, lo que podía costar la guerra á Cartago, y lo que la produciría.» Realmente esto no era más que un cálculo de probabilidades entre el éxito de la victoria y el precio de los soldados. Los dos suffetas, elegidos vitaliciamente de entre las más poderosas familias, se asemejaban bastante á los dos cónsules vitalicios, ó mejor á los dos reyes de Esparta. El tribunal de los Ciento hubiera podido corresponder al tribunal de los Eforos, si no hubiera disminuido su poder el número de los jueces. Su misión era reprimir á la familia de *Magon*, y condenar á los generales culpables (1).

Se ignora cuándo y cómo se verificaron estas modificaciones en el antiguo gobierno de Cartago. Se conocen mejor la época y las causas de la separación total de Cartago y la madre patria. La colonia, dominando todas las ciudades vecinas, se había hecho muy poderosa para que continuara viviendo dependiente, y si hasta el fin consideró á Tiro como á su metrópoli religiosa y la envió presentes, era al templo de Hércules á quien ella los dirigía. Los tirios, por su parte, no hicieron nada para retenerlos bajo su obediencia; no querían reinar por la fuerza, y quizá no creyeron ellos que su comercio se hallaba tan comprometido en este asunto como lo estaba en realidad.

(1) «La familia de Magon, dice Justino, amenazando la libertad con su excesivo poder, eligió entre los senadores cien jueces encargados de examinar la conducta de los generales, para que estos no se condujeran de modo que pusieran en peligro las leyes y los tribunales del país.» «Semejante tribunal, prosigue Heeren, está conforme en un todo con el espíritu de una república aristocrática, en que la policía es el principal sosten del gobierno; pero degeneró muy pronto en espionaje y tiranía, como el Consejo de los Diez en Venecia.» Guillemin, *Historia antigua del Oriente*, pág. 270.

Por otra parte, mientras Nabucodonosor sitiaba sus muros, ellos enviaron al Africa numerosas colonias, que fueron recibidas y acogidas con muestras de afecto (591).

Libre Cartago, bañada por el mar como Tiro, pronto sería dueña del Mediterráneo en el Occidente, como lo era la Fenicia en el Oriente. Estaba para enviar sus buques de guerra á los países donde los fenicios se habían presentado como navegantes pacíficos. Esto ocurre al mismo tiempo que Ciro entraba vencedor en Babilonia; su primer suffeta conocido, *Machée* ó Malchus, sujetó las últimas poblaciones africanas, y apareciendo en los mares de Italia, consiguieron, con el auxilio de los Etruscos, su primera victoria sobre los corsos (543-536).

El Africa entra, pues, en relación con la Europa, y no se la excluirá por completo de la historia. Por las costas del norte y del este es por donde se asociará al movimiento general de los pueblos; por conseguir esto trabaja, por conseguir esto vive. En los tiempos anteriores al cristianismo, combate á los griegos y á los romanos, y su ambición constante es dominar en Sicilia. Después, cuando queda reducida á provincia romana, se confunde, sin rebelarse contra su suerte, en el gran imperio occidental. Pero cuando principalmente se confunde es cuando una religión divina, descendiendo del Calvario, viene á reunir las naciones y abraza con amor la nueva fe. Este cristianismo del Africa, tan brillante de espíritu, tan próspero, tan rico en virtudes y gloria, caerá ciertamente bajo el yugo infiel; pero no se rompieron todos los lazos, aunque la bárbarie otomana se estableció allí entonces y reunió sus piratas; porque ella debe ser siempre europea y cristiana, dada su ventajosa posición. San Luis murió sobre las ruinas de Cartago, y todos los príncipes cristianos vendrán sucesivamente á esta tierra esclava, á bautizarla en la fe y en la civilización.

La antigua y noble y cristiana España bajo Cisneros primero, y más tarde á la mitad del siglo XIX, implantará su cruz y su bandera en esta tierra, cuya historia recorreremos, si bien la España revolucionaria no ha sabido realizar la idea civilizadora en Africa.

CAPÍTULO XIV

Asia Occidental.—Siria (Aram).—Los Arameos: país, población, culto.—Los reinos de Siria.—Reino de Damasco.—Comercio.—La Siria y los Egipcios.—La Siria y los reyes de Palestina.—Hazael.—La Siria y los asirios

El nombre de Siria se extendía en la antigüedad á las provincias del Asia Occidental. Hemos dicho que para hablar con propiedad, la Fenicia no era más que la *Siria* de la costa; la Mesopotamia se llamaba la *Siria de las riberas*. La *Siria* propiamente dicha estaba comprendida entre el Eufrates, el Tauro, los desiertos de la Arabia y el mar (1).

La población comerciante y guerrera de este país revela su origen por su mismo nombre; este es el pueblo de los Arameos, y su patria se llama Aram. Aquí, en este país, es donde una raza semítica se atribuye el honor de descender de Aram, hijo del bienaventurado patriarca.

Como quiera que sea, los arameos llevaron consigo las tradiciones y el culto de Babilonia. Adoraban desde un principio una especie de religión suprema, los astros y todos los cuerpos de «la milicia celestial»; después rindieron culto y homenaje á los «señores del cielo» *Baal* y *Astarte*; por último, y según la costumbre de los babilonios, colocaban en los altares á sus principales divinidades (2).

Se recuerda que la tradición coloca en Siria el nacimiento de Semiramis, hija de Derceto. Este recuerdo, á pesar de ser fabuloso, tiene sin embargo importancia histórica, puesto que presenta á la Siria sometida al imperio más antiguo de los asirios. Esto tiene más valor que

la tradición griega, que considera como padre de los asirios á Siro, hijo de Apolo (1).

Esta supremacía de los asirios no fué constante, y libres de toda imposición extranjera, los sirios vivieron independientes. Su gobierno era casi patriarcal y federativo. Su vasto territorio estaba dividido en pequeños reinos, principados, y en medio de esta multitud de Estados insignificantes se levantaban grandes y florecientes ciudades. Se habla de los reyes de Sofa, de Emat, de Damasco y de Gessur. Los débiles, unidos entre sí, se asociaban á los más fuertes, y casi siempre los jefes de Damasco ó de Sobah se hallaban á la cabeza de la Siria, como Tiro ó Sidon tomaban el título de capital de la Fenicia (2). Un tributo en tiempo de paz, auxilios durante la guerra, hé aquí poco más ó menos las relaciones de sumisión de los jefes secundarios al rey principal: para formarse una idea de lo que eran estos reyes subalternos, bastará saber que Ben-Hadad envió treinta y dos á custodiar los carros y bagajes de su ejército (3).

La Palestina confina á la vez con la Siria marítima ó Fenicia al Nord-Este, con la Siria interior al Oriente. En tanto que la Fenicia, colocada sobre la costa extrema del Asia, de quien parece estar separada por sus montañas, dirige la vista á su comercio marítimo, y pide

(1) Plutarco da este origen: de Dea Syra.

(2) Heeren, *Política y comercio*; Des Vignoles, *crónología de la historia santa*.

(3) II de los Reyes, cap. III. Paralipomenos; siempre que tratan de las guerras de Siria, les presentan con el mismo carácter.

(1) Danville, *Geografía antigua; Arte de comprobar las fechas*, t. II.

(2) Heeren, *op. cit.*; Creucer, *Religiones de la antigüedad*.



á sus vecinos paz y amistad, la Siria interior es también comerciante, pero menos pacífica. Por otra parte, ni aun en el comercio se parecen; es indudable que participa de los cambios del Oriente por el puerto de Elath sobre el Mar Rojo, pero principalmente es el centro de todo el movimiento continental del comercio asiático.

Damasco está situada en medio de estos tres caminos: uno que termina en Tiro y desde allí se pierde en el mar; otro que baja á Egipto, y el tercero formaba, en fin, una gran vía en medio de la cual se hallaba, como un centro de caravanas en el desierto, la maravillosa Palmira, y descargaba todas sus mercancías en el abismo de Babilonia, de Persépolis y de Ecbatana. La Fenicia se alimentaba del trigo de la Siria; el Egipto, á pesar de sus preocupaciones, recibía sus vinos como el Oriente y Occidente. Las caravanas salían sin cesar, y volvían á la capital de la Siria, convertida en depósito general. Las compañías de nabateos ó de madianitas, que la Escritura llama mercaderes desde los tiempos de José, llevaban allí canela, telas, opio, incienso y mirra del Yemen. Otras hacían afluir allí los tisúes y la púrpura de la India, oro, metales y vidrios. Otras también traían los caballos y los esclavos, y tantas otras riquezas como constituían el lujo y el esplendor de esta gloriosa ciudad. Así, pues, cuando el profeta quiera pintar la destrucción de Damasco, le bastará este rasgo: «Las caravanas no volverán allí más.» Tal es su muerte (1).

El comercio siguió, pues, el camino de la Siria; pero rodeada por todas partes de pueblos guerreros, ¿cómo pudo sustraerse á la necesidad de la guerra? Su dividido territorio no ofrecerá seguramente gran resistencia á los conquistadores.

Comienza por someterse al Egipto. La primera vez que figura en la historia el nombre de Damasco, es para tomar asiento sobre los muros de Karnak entre «los tributarios» del gran Tutmés III (2); este nombre es Tameska

(1) Heeren, *Política y comercio*.

(2) Memoria del vizconde de Rougé leída en la Academia de las Inscripciones y bellas Letras, sobre el texto jeroglífico de las listas de los pueblos vencidos por Tutmés III. (*Compté-rendu*, Abril, 1861.)

(en hebreo Damesco), y su jefe es uno de los principales personajes de la liga asiática que destruyó el cetro de Faraon. También el vino, el trigo, los ganados, la miel, el hierro, el estaño del país de Tsahí (la Celesiria) vienen á enriquecer los tesoros de Tebas. Seti I destruye de nuevo los batallones de la Siria, aliados de los quetas, y Ramsés III les vuelve á hallar en medio de sus implacables enemigos. Bien pronto la Siria va á tener que habérselas con enemigos no menos temibles.

La Biblia ha conservado la relación de las expediciones de los príncipes sirios, y esta es la que hizo buscar los raros y preciosos documentos que pueden indicar sumariamente las revoluciones del país (2).

La más antigua supremacía que se conoce es la de Sobah ó Sofen. Rohob, contemporáneo de Saul, había quizá reunido toda la Siria bajo su dominio. En tiempo de David reinan Hadar-Hezer en Sobah, Rezom en Damasco, Tohí en Hamath ó Emesa, Tholmai en Gessur. El poder de David fué irresistible para ellos. Hadar-Hezer, con el auxilio de Rezom, quería sostener su autoridad; Tohí le resistió. En el interin, el rey de Jerusalem llegó, y las armas de oro de los sirios, de Sobah y de Damasco fueron destruidas fácilmente por el hierro de los hebreos. «El ungido del Señor» sometió á su poder todos los pueblos hasta el Eufrates.

Estos pueblos intentaron en vano unirse á los rebeldes de la Palestina, moabitas, amonitas; y llamar en su ayuda á los auxiliares del otro lado del Eufrates. Perdieron de treinta á cuarenta mil hombres; se sometieron por necesidad, y tantas desgracias pesaron sobre Sobah, que jamás se repuso de ellas. Esta antigua metrópoli debió obedecer en adelante á los reyes de Damasco; y como Hamath, cuyo nuevo rey Joram se había declarado desde el principio tributario de David, y como Gessur, de la cual solamente se conocía á Tolmai, que dió hospitalidad en sus tiendas á Absalon, debió sufrir todos los cambios de dominación que el porvenir tiene reservados á la Siria (1030).

(1) Reyes, Paralipomenos; Josefo, *Historia de los judíos*, lib. VII; Poirson y Caix, *Resúmen de Historia antigua; Arte de comprobar las fechas*, t. II.



Rezom, súbdito de David, inquieta á Salomon hasta el fin de su reinado. Cuando el cisma hubo dividido las fuerzas de los hebreos, los sirios llegaron á ser enemigos temibles. Hesion y Trabemon eran todavía aliados de los reyes de Judá y de Israel, que bien pronto, á pesar de las amenazas de los profetas, introdujeron á los extranjeros en la Palestina. Ben-Hadad (926) vendió sus armas sucesivamente á Asa y Baasa; no sirvió ni á uno ni á otro, pero tomó algunas ciudades á lo largo del lago Tiberiades. Ben-Hadad II (900) continuó la guerra con los dos reinos á la vez; su poder aumentó. Este es aquel que tenía treinta y dos reyes en su ejército; sin embargo, por primera vez, según la palabra de Dios á Acab, huyó de los ejércitos israelitas. La Palestina era un país montañoso con relación á la Siria. Ben-Hadad creyó que siendo el Dios de Israel el Dios de las montañas, haría bien en dejarle el país alto y que la victoria no le sería disputada por los sirios en la llanura. La derrota de Afec en Celesiria pudo sacarle de su error: su ejército fué derrotado al pie de los muros de la ciudad; prometió hacer levantar á Acab «plazas públicas» en Damasco, como en otro tiempo él mismo había hecho edificar en Samaria.

Tres años después se aprovechó el momento de la ruptura cuando Nabot acababa de ser asesinado. Miqueas había dicho: «Israel estuvo sin pastor.» Ocosías abandonó á Aramot. Ben-Hadad, en otro tiempo aliado y después enemigo de Joram, subió contra Samaria, y reduciéndola á una espantosa miseria y escasez, la hubiera tomado; á su vuelta fué ahogado Hazael en su cama.

Eliseo lloró la última vez que vió á Hazael. Este general sirio, consagrado por el profeta para que fuera el azote del pueblo de Dios, había comenzado por abatir sucesivamente á Joram y á Joacab, al cual «dejó solamente diez carros, cincuenta jinetes y diez mil infantes.» Marchó después contra Joab de Judá. Desde este momento «hubo un camino abierto entre la Siria y la Judea;» y este camino tuvieron que limpiarle todos los años con sus espadas. Geth es levantada; Jerusalem no se rescata sino entregando los tesoros de su templo; un poco

más tarde la saquean algunas partidas de sirios. Después, el rey de Siria, levantando á Elath para los judíos, da á Damasco el comercio del Mar Rojo. Todos estos resultados eran efecto de los crímenes de Israel.

Al fin murió Hazael, no sin haber experimentado antes la fuerza de la espada de los asirios, si debemos creer á las inscripciones, un poco vanidosas, de Nínive: «en mi décimo-octava campaña, dice Salmanasar III, franqué el Eufrates por décimasexta vez. Hazael de Siria vino para batirse conmigo, le cogí mil ciento veintinueve carros y cuatrocientos jinetes de su ejército.» Se había dicho de él: «los de Israel y de Judá que han escapado al hierro de Ben-Hadad serán segados por la espada de Hazael.» Los dos reyes habían cumplido su misión, y los sirios, admirados con la protección sobrehumana que tanto había favorecido sus empresas, los tomaron por sus dioses y convirtieron en templos las tumbas de sus gloriosos príncipes (1).

Durante el reinado de Hazael ocurrieron en Hamath hechos muy curiosos, que nos revelan las inscripciones asirias. Hé aquí lo que Sargon dice en la gran inscripción de Khorsabad..... «Jaubid de Hamath no era el soberano legítimo del trono. Excité contra mí las ciudades de Arpad, Simira, Damasco y Samaria, preparándose para la batalla. Yo por mi parte conté todas las tropas del dios Assur; le puse sitio á él y á sus guerreros en la ciudad Carcar, ciudad que se había declarado por los rebeldes. Ocupé á Carcar y la reduje á cenizas. Cogí yo mismo prisionero y le hice arrancar la piel (2); di muerte á los jefes de los bullangueros en todas las ciudades, y de ellas hice un lugar de desolación. Me apoderé de doscientos carros, trescientos jinetes de los habitantes de Hamath y los puse al servicio de mi majestad.»

Felizmente para la Palestina, Joas y Jeroboam II empuñaron el cetro sucesivamente, extendiendo su dominación sobre la Siria. Ven-

(1) Reyes, Paralipomenos.

(2) En la inscripción de los toneles, Sargon hace mención de este rey y dice: «Yo le atormenté y le hice arrancar la piel como la corteza de un árbol.» En los bajo-relieves de Nínive está también representado este suplicio. Véase á Bonomi, *Nínive y sus palacios*.



Hadad III se hizo tributario de ellos; Elath fué tomada por los idumeos. La decadencia fué mayor bajo Razin, merced á su grande habilidad. Razin (761) se alzó y suscitó pretendientes contra Acáz, á quien Dios quería castigar. Volvió á tomar á Elath, puso sitio dos veces á Jerusalem y destruyó á Acáz: este era el último resplandor de la gloria asiria. Estos resultados fueron su perdición. Acáz, desesperado, llamó en su auxilio á Teglád-falasar.

La Siria no deseaba otra cosa sino aprovecharse de las guerras del Asia Occidental; á todos los enemigos débiles que se disputaban pequeñas provincias, ella les preparaba su mismo yugo.

Inundó en un principio á la Siria con sus carros; Jessur no pudo resistir (533); Emeses se entregó; Damasco la dejó paso libre y fué saqueada. Los vencedores encadenaron á los habitantes y les enviaron á Kir, y de aquí á las

ciudades de Israel, á medida que las despoblaban. Razin había desaparecido; los sucesores de Facés y de Acáz esperaban la misma suerte.

La Siria era culpable, como todas estas comarcas, de que la cólera divina abandonara á los asirios. Damasco tenía que expiar sus crímenes; el Señor había dicho: «Después de haber avisado á Damasco, ha caído por siete veces en las mismas abominaciones.» Las caravanas no volvieron allí más.

Así como la Asiria, oculta detrás del Eufraates, no había recobrado aún su energía, los sirios habían sido elegidos para probar á Israel; pero se hacen inútiles: viene entonces la justicia y les retira como inservibles instrumentos. Dejen paso libre á los nuevos enviados de la venganza. Hubo entonces allí un camino abierto, no ya la Siria y la Judea, sino entre la Judea y la Asiria, y este camino, tantas veces cubierto de sangre, fué la Siria.

CAPÍTULO XV

Asia Septentrional.—La Armenia.—La Armenia y los conquistadores egipcios.—Epoca de independencia.—La Armenia y los conquistadores asirios.—Reaccion contra la Asiria.

Entre los pueblos que pesaban en derredor de la gran dominación asiria, siguiendo sus vicisitudes y adquiriendo su libertad cuando su poder se debilitaba, y sufriendo otras veces su yugo cuando recobraba su nuevo esplendor y poderío, la Armenia merece una especial atención. Ella ha conservado vestigios de su historia cuando otras han quedado sepultadas en el olvido.

Sus vencedores, especialmente, fueron los que conservaron su nombre, haciéndoles inscribir en sus listas triunfales; tiene, no obstante, propios monumentos que no han perecido completamente, y que la ciencia moderna no ha podido descifrar en toda su integridad, subsistiendo aún como testimonios de consulta.

¿Qué fué de los descendientes de la ilustre raza de Haig, reducidos á no ser, en cierta manera, más que los lugartenientes del imperio de Babilonia? No se sabe, sobre todo durante un largo período de tiempo (1).

Parece que sólo las armas de los conquistadores egipcios llegaron hasta ellos, porque Seti I cuenta en el número de sus tributarios á los Armenen ó Remenen, armenios, quienes cortan los árboles de sus bosques como para abrirle paso. Los grandes jefes de los Remenen dicen, adorando al rey de Egipto y glorificando su valor: «apareces como tu padre el sol, y vivificas con tus miradas» (2).

(1) De sentir es, sobre todo después del descubrimiento tan precioso de M. J. Oppert, que permite leer las inscripciones cuneiformes que no hayan sido hasta la fecha objeto de estudio, como se merecían, las del sábio é infortunado Schulze, coleccionadas y depositadas en la Biblioteca Nacional de Paris.

(2) Bajo-relieve de la gran sala del templo de Karnak. Brugsch, *Hist. de Egipto*, pág. 128.

Probablemente la Armenia fué una de las primeras comarcas que sacudieron el yugo egipcio; desaparecen las inscripciones triunfales de Tebas, pero para volver á aparecer entre los vencidos en las inscripciones asirias. En otro tiempo tuvo su era de gloria y de independencia. Uno de sus reyes, Heykab, parece que luchó contra uno de los predecesores de Beloc, y que le venció y le obligó á rendirle homenaje (1). Beloc parece que tomó su defensa, dando muerte á Heykab y reduciendo el reino de Armenia al estado de vasallaje.

No sin grande esfuerzo pudo recobrar la Armenia su libertad, y dar á conocer por todas partes la fama de su nombre después del renacimiento del imperio asirio.

En efecto, hácia esta época parece probable que conviene colocar la gloriosa dinastía, cuyos hechos y grandeza se enumeran en los restos de inscripciones trazadas en las rocas vecinas al lago Van y á la ciudad de Semiramis.

A esta dinastía pertenece el rey Arguistis, que invoca á los dioses de su nación; celebra la sumisión de varias tribus; describe los templos y palacios que ha reducido á cenizas; enumera los cautivos, los caballos, los camellos y rebaños que robó (2).

Trátase nada ménos que de cuatrocientas cincuenta y tres ciudades y ciento cinco templos ó palacios arruinados, veinticinco mil ciento setenta prisioneros, de los cuales dos mil

(1) Bonomi, *Nínive y sus palacios*, pág. 381.

(2) Estas inscripciones ocupan las caras de una roca que los turcos llaman las «cuevas de Khor-khor.» El nombre de Argistis, ó Arguistis, ha sido identificado por el Dr. Hincks, y M. Layard le adopta. *Nínive y Babilonia*.